

INFORMACIÓN vs. CONOCIMIENTO

Víctor Manuel Castaño Meneses

*Centro de Física Aplicada y Tecnología Avanzada
Universidad Nacional Autónoma de México
Campus Juriquilla, Querétaro
castano@fata.unam.mx
www.fata.unam.mx*

Se ha convertido ya en lugar común el mencionar que “vivimos en la era del conocimiento” y se pueden encontrar todo tipo de opiniones, publicaciones, metodologías y ya casi una industria alrededor de tal asunto que, de tan trillado, puede comenzar a perder significado práctico. De hecho, el término mismo “conocimiento”, de tan obvio, resulta oscuro. Por ejemplo, el siempre útil Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, indica que es “acción y efecto de conocer” que, a su vez, consiste en “averiguar, por el ejercicio de las facultades intelectuales, la naturaleza, cualidades y relaciones de las cosas”, lo que no parece justificar que se decida crear una “era” a propósito de tal vocablo, ya que ese averiguar usando las facultades intelectuales es, en buena, medida, lo que define a un ser humano, desde los albores de nuestra especie, sin que se haya sentido antes de estos tiempos la necesidad de crear una “era”.

Por otro lado, es un hecho claro el que los hombres del siglo XXI tenemos acceso a información, tanto en cantidad como en calidad, en una proporción inédita en la historia de la Humanidad, sin que eso implique, necesariamente, que nuestras capacidades cognitivas sean netamente superiores a las de, digamos, un antepasado del siglo XVIII, el famoso Siglo de las Luces, cuya influencia sigue permeando, por fortuna, hasta nuestros días. Nuestro inefable diccionario define información como “acto y efecto de informar”, que en su turno, consiste en “enterar, dar noticia de algo”, lo que tampoco resulta demasiado ilustrativo.

Es menester, entonces, construir definiciones más operativas para la era que, al menos supuestamente, estamos viviendo. En este contexto, entendemos que información es un conjunto de datos, organizados de forma tal que tengan algún significado. Es decir, para que un montón de datos, como los que proporcionan una computadora o un aparato de medición, se conviertan en información, debe de adquirir una relevancia significativa para alguien. En este sentido, la instrucción y la capacitación de las personas adquieren una importancia enorme, ya que es a través de ellas cómo alguien puede darle, por ejemplo, significado médico y terapéutico a una serie de datos de un electroencefalograma que,

para un lego en la materia, no representan más que números arreglados sin ton ni son. De manera análoga, datos en forma de notas musicales pueden ser simples garabatos en una partitura o una maravillosa sinfonía.

Tenemos ya, entonces, que la educación permite que una persona le de significado a datos varios y los convierta en información pero, ¿y el conocimiento? Resulta claro que alguien sin información difícilmente accederá al conocimiento, a menos que se al través de metodologías metafísicas, y la interrogante es si el poseer información genera, automáticamente, conocimiento. Para aclarar este punto, definiremos conocimiento como un estado mental, que sólo se alcanza mediante dos elementos fundamentales: información y toma de decisiones.

En otras palabras, la información se convierte en conocimiento cuando nos permite tomar decisiones que, de otra forma, seríamos incapaces de asumir. De acuerdo con lo anterior, el conocimiento es una experiencia personal, ya que cierta información le resultará útil a alguien para tomar decisiones trascendentales mientras que, para otra persona, sólo servirá como parte de un acervo que, en el mejor de los casos, podrá serle de provecho práctico algún día.

Además, el conocimiento es dinámico, ya que puede degradarse a información o re-utilizarse, con nuevos datos o significantes inéditos. De ahí que hayamos definido el conocimiento como un estado mental, que podemos obtener con instrucción, educación y conciencia, cuyas implicaciones y potencial discutiremos en futuras entregas de esta serie.